

Con su desaparición, el pensamiento tradicional hispano pierde a otro de sus grandes representantes. El trasbordo de buena parte de los filósofos, juristas o historiadores formados por él y por otros maestros de su generación, en Barcelona tanto como en Madrid, a las posiciones más confortables de la franja conservadora de la democracia cristiana, hace que la trinchera resulte más desguarnecida. El combate, sin embargo, continúa. Descanse en paz.

FRANCESCO GENTILE

El 24 de noviembre pasado, a los setenta y tres años, tras larga y penosa enfermedad, moría nuestro amigo Francesco Gentile en su casa de Piazza Capitanato, en el centro de la ciudad de Padua. Nacido en una familia de tradición intelectual, su padre fue el filósofo triestino Marino Gentile, fundador de la conocida como escuela filosófica patavina, renovadora de los estudios aristotélicos, y sin la menor relación con otro Gentile famoso, de nombre Giovanni. Tras estudiar derecho en la Universidad de Padua, con maestros del relieve de Enrico Opocher, Alberto Trabucchi, Giuseppe Bettiol o Gaetano Arangio Ruiz, Francesco sintió y siguió también la vocación intelectual. Muy pronto, en 1958, fue asistente en una cátedra de su *alma mater* y, tras habilitarse en 1965, docente durante más de cuarenta años en las Facultades de Derecho o de Letras de Trento, Perusa, Nápoles, Catanzaro o, sobre todo, Padua. Catedrático de Filosofía del Derecho fue también decano, en dos ocasiones, de la Facultad de Derecho de la Universidad de Padua (1989-1995 y 2001-2005).

Su obra, rica y abundante, se encuentra exhaustivamente catalogada en las primeras páginas del libro homenaje que le ofrecimos sus amigos y discípulos en 2006, con ocasión de su jubilación, y que tuve el honor de dirigir y editar: *Dalla geometria legale-statualistica alla riscoperta del diritto e della politica* (Marcial Pons, Madrid-Barcelona, 2006).

Entre tantos textos como los allí consignados, y los posteriores a dicha publicación, sin embargo, creo que deben destacarse dos, quizá los más significativos de su quehacer en los ámbitos respectivos de la filosofía política y jurídica. Son respectivamente *Inteligencia política y razón de Estado* y *El ordenamiento jurídico entre la virtualidad y la realidad*. El primero vio la luz en italiano el año 1982 y sólo recientemente, en 2008, tras muchos retrasos, ha aparecido su traducción castellana en Buenos Aires, en las ediciones de la Universidad Católica Argentina, gracias a los desvelos del profesor Félix Lamas. El segundo, por su parte, estampado vernáculamente en 2000, apareció en nuestra lengua el año siguiente, encabezando la colección *Prudentia iuris*, de Marcial Pons, dirigida por el autor de esta nota, la misma por otra parte que

editó los *Studi in onore* antes referidos. Ambos contraponen el mundo de la filosofía clásica, y por lo mismo perenne, al de la ideologización moderna, que hoy vemos caduca. En efecto, la inteligencia política, inteligencia de la justa medida, se opone a la razón de Estado instrumental. Y el ordenamiento jurídico oscila entre la geometría legal positivista y la naturaleza ordenada.

Son dignos de recordar también otros dos libros del último trecho de su ejecutoria. En uno, *Politica et laut statistica* (2003), vuelve sobre la primera de las temáticas apenas esbozadas, ofreciéndonos –como reza el subtítulo– unos «prolegómenos de una teoría general del ordenamiento político», que revisan profundamente el precedente, e incorporando también algunos elementos procedentes de la segunda. A partir de un *scherzo* terminológico, a saber, el que emerge de la anfibología de «estadística», palabra que viene de *status*, y que por tanto evoca la técnica estatal, aunque también se asocie con el estado de alguna realidad a través de la descripción de datos numéricos significativos. Tras un largo y rico prefacio en el que refiere «la palingenesia del texto», y en el que repasa su trayectoria intelectual, entrecruzada con la de su escuela y amigos, aborda siete grandes bloques temáticos, compuesto cada uno de diversos «codicilos»: *politikos*, lo público y lo privado, la política como inconveniente, el juego de la máquina política, la política como justa medida, lo diverso y lo común y *res publica*. El otro, *Filosofia del diritto: le lezioni del quarantesimo anno raccolte dagli allievi* (2006), donde en efecto se recapitula todo el magisterio de su disciplina, que se presenta renovado, con una nueva luz, lejos de la cenital que ciega, próxima a la auroral que acaricia.

Conocí a Francesco Gentile en octubre 1992 en Bolzano. Danilo Castellano, a la sazón director del *Institut International d'Études Européennes «Antonio Rosmini»*, pidió al profesor Aldo Penasa, durante muchos años director del Instituto Italiano de Cultura en Barcelona y Madrid, que tomase contacto con Rafael Gamba a fin de interesarle por las tareas del Instituto. Gamba le remitió a Juan Vallet de Goytisolo y éste a mí. De modo que, sin conocer a nadie, sin tener siquiera rudimentos de italiano hablado, me presenté en la ciudad altoatesina. Los recuerdos de aquella primera reunión a la que asistí –después lo he hecho ininterrumpidamente, gracias a Dios, durante dieciocho años, hasta la fecha– son imborrables. El viaje en tren, sobre todo el tramo desde Verona; el aire encantadoramente tirolés de la ciudad; el hotel Città, donde nos alojábamos, y donde lo hemos seguido haciendo casi siempre, que antes de la reforma sufrida –y nunca mejor dicho– tenía un aire antañón y un poco decadente... Pero, sobre el fondo del paisaje, sobre todo, los personajes. En otras ocasiones lo he evocado, con motivo de los fallecimientos de Thomas Chaimowicz, Gonzalo Fernández de la Mora o don Dario Composta. Entre tantas personalidades, extraordinarias algunas, notables muchas, interesantes todas, una de las más sobresalientes era la de Francesco Gentile. Recuerdo una conversación, la primera, en el Palazzo Mercantile,

donde aquel año se celebró el *convegno*. Muy amablemente se interesó por mis trabajos e, inevitablemente entre colegas, por mis amigos y conocidos en el ecosistema iusfilosófico. Pero recuerdo sobre todo sus intervenciones públicas, fulgurantes, a comenzar por su discurso inaugural. Salí con la impresión de haber tenido el privilegio de tratar con un *condottiero*.

No sé cómo pero la relación se estrechó bien pronto en el tiempo. Yo volví a Bolzano el año siguiente, en 1993, y comenzó a anudarse la amistad con Francesco y con AnnaLisa, su mujer, inteligente, elegante y atractiva. En los años siguientes vinieron a Madrid en varias ocasiones, la primera –que recuerde– para participar en un curso de verano de El Escorial, en 1995, sobre la crisis del régimen constitucional. Su intervención, espléndida, dejó impresionados a Dalmacio Negro y a Antonio García-Trevijano. Ninguno le conocía entonces, por lo que se fiaron de mi recomendación de invitarle. El primero, querido amigo desde finales de los años ochenta, tendría ocasión de seguir frecuentando al colega patavino merced a su integración posterior en el Instituto Rosmini, en el que le introduje; mientras que el segundo se mostró en extremo respetuoso con Gentile, al tiempo que repartía mandobles, como es su estilo, a diestro y siniestro. Recuerdo incluso una crónica suya en el diario *El Mundo*, donde se reflejaba a la perfección la impresión que le había hecho el italiano. La segunda –creo que en 1996– con motivo de su nombramiento como académico honorario de la Real de Jurisprudencia y Legislación. Pronunció una conferencia, en el salón principal, bajo el cuadro que nos muestra a Carlos III con todo su *allure*, leída en un castellano vigoroso. Y la tercera, en septiembre 1998, para asistir a las II Jornadas Hispánicas de Derecho Natural, celebradas en Córdoba bajo el patrocinio de la Fundación Francisco Elías de Tejada. Entre tanto, yo seguí acudiendo puntualmente a Bolzano, con Estanislao Cantero, Consuelo Martínez-Sicluna, Dalmacio Negro y Gonzalo Fernández de la Mora, entre otros, en lo que se convirtió en una cita otoñal fija. Además, Francesco me invitó a Padua en varias ocasiones. La primera, creo que en 1994 ó 1995, a tener un seminario sobre el principio de subsidiariedad en su curso de doctorado; otra, para participar en el congreso «Identité et intégration» del *Institut International de Philosophie Politique*, que él –como vicepresidente del mismo– organizó magníficamente en Padua y Venecia en julio de 1998, y donde conocí entre otros a Raymond Polin. Finalmente, coincidimos, también en la península italiana, en diversas iniciativas: recuerdo a este respecto la gratísima invitación que me hizo Danilo Castellano en agosto de 1993 para intervenir en el congreso de los amigos de *Instaurare*, en Madonna della Strada, al que Francesco acudió con Anna Lisa, compartiendo mesa con los tres, y con Laura, la mujer de Castellano, en el gratísimo almuerzo.

Después de 1998 se introdujo un tercer escenario, más allá de Padua y Madrid: las Españas ultramarinas. Pues de resultas de las jornadas iusnaturalis-

tas recién mentadas, el profesor Félix Lamas, de la Universidad Católica de Santa María de los Buenos Ayres, comenzó a organizar unas jornadas anuales sobre «Dialéctica y derecho», a las que Francesco Gentile acudió en alguna ocasión, figurando los últimos años como codirector de las mismas junto con Lamas. Con tal motivo pudo recorrer parte de la Argentina y de Chile. Para mí fue un placer introducir a Francesco y Anna Lisa en la vida de Buenos Aires, presentarles a algunos de mis amigos (a la sazón locales) como Mariano Castañeira y Marta Sobrino, enseñarles alguna tanguería (¡oh milagro!) sin turistas japoneses y algún restaurante con encanto. Aunque mis recuerdos americanos más simpáticos son chilenos. Francesco y Anna Lisa cayeron en Chile mientras yo estaba lleno de compromisos académicos y conspiratorios. En algunos tuvieron parte, aunque prefirieron gozar de unos días de vacación. Cuando hube terminado con mis empeños me sumé a su *tour* y recorrimos juntos el desierto de Atacama en un viaje para mí inolvidable. Establecimos nuestra base en un hotel verdaderamente familiar, donde al llegar a la noche de las distintas excursiones prolongábamos varias horas la conversación mientras dábamos cuenta de unos *pisco-sour* a la peruana extraordinarios. Una tarde tuvimos un accidente de circulación al arrollar nuestro vehículo a un burro. Otra noche, en Antofagasta, terminamos cenando en un piano-bar decadente donde nos abordó un espía jubilado, si es que alguna vez se jubilan los espías.

Pero, claro está, seguimos viéndonos en Madrid y en la península italiana. A Madrid volvió por lo menos dos veces más. Una para formar parte de la comisión juzgadora de la tesis doctoral que Estanislao Cantero defendió en la Universidad de Comillas sobre la obra de Juan Vallet de Goytisolo, donde apuntó una explicación del «insuccesso del diritto naturale in Spagna» después de haber aparentemente dominado durante varios decenios sin apenas oposición. El texto, bien interesante, fue publicado en *Verbo*. Lo mismo que el que leyó en el Colegio Notarial con ocasión precisamente de la presentación de uno de los tomos de la oceánica obra metodológica de Vallet, titulado, *La metodología de la ciencia expositiva y explicativa del derecho de Vallet de Goytisolo*. En la otra península seguimos coincidiendo en Bolzano, por lo menos una temporada, pues los últimos años había dejado de acudir, con gran pena de todos. Pero también en Padua, Trieste, Venecia o Udine. Los últimos años, por causa de la enfermedad, y de lo que me pareció un cierto retraimiento psicológico, desenvuelto en ocasiones paradójicamente en clave polémica, lo ví menos. El año pasado me invitó nuevamente a Padua a un seminario sobre la subsidiariedad, pero yo tenía un compromiso previo en Guadalajara, en la Nueva España, que me impidió aceptar. Sintiéndolo mucho. Seguimos hablando, eso sí, por teléfono. E intercambiando postales de cuándo en cuándo. Las mías desde Bolzano o Chile, con añoranza en ambos casos, o desde la abadía de Le Barroux. Las suyas, últimamente, desde Tierra Santa,

a la que acudía en peregrinación regularmente, con un grupo de amigos y discípulos.

Cuando recibí casi simultáneamente la comunicación de Marcello Francanzani, desde Padua, y Gian Piero Calabrò, desde Cosenza, de que había muerto Francesco y de que los funerales serían el viernes 27, un motivo de pena se añadió a la del amigo desaparecido, pues ese día, por la tarde, en un horario que no permitía siquiera pensar en el desplazamiento, debía estar en Italia, pero en Nápoles, donde también enseñó en años de los que siempre guardó grato recuerdo, dando una conferencia. ¡Cuánto hubiera deseado poder compartir con Anna Lisa y tantos amigos de tantos años y tantas batallas ese momento de oración por su alma, y la oración más eficaz, que es participar en el Santo Sacrificio de la Misa, en la hermosísima catedral de Padua! *Resquiescat in pace.*

THOMAS MOLNAR

Thomas Molnar nació en Budapest en 1921 y con apenas cinco años su familia se trasladó a Transilvania, zona gris cuando no caliente entre lo magiar y lo rumano. No sintiéndose parte de ese mundo dividido y de frontera fue conquistado, ideal y definitivamente, por la cultura francesa. Detenido durante la II Guerra Mundial por los nazis, sobrevivió a tres campos de concentración y, tras la guerra, escapó del régimen comunista establecido en Hungría. Estudiante maduro primero en Bruselas y fugaz paseante parisino, en 1949 abandona Europa hacia los Estados Unidos en busca de un espacio donde desenvolver su infinita curiosidad al tiempo que su arraigada lealtad. Allí pasará, como un extranjero, sesenta años, entre viajes constantes por todo el mundo, pero en particular por Europa, y con la alegría de la vuelta a casa —aunque parcial, pues dividió el año en un semestre húngaro y otro americano— a su país natal desde la caída del telón de acero. De todos dejaría crónicas sabrosas e incorrectas, algunas en grado sumo, como su visión de África del Sur (1966).

Inadaptado a la cultura estadounidense, que le asfixiaba por su conformismo, sentimiento compartido —por razones diversas— con el hispanófilo Frederick D. Wilhelmsen y el germanófono Paul Gottfried, padeció en sus carnes lo que llamó «el calvario del escritor exiliado». Cuando volvió a dictar cursos en la Universidad de Budapest me envió una carta alborozada en que se me presentaba reconciliado con una academia en que había vuelto a encontrar colegas agudos y estudiantes aplicados. Y lo escribía el doctor de Columbia y profesor en Nueva York. Claro es que su anecdotario dificultaba la refutación. Contaba, por ejemplo, cómo en una reunión sobre la dimensión moral del capitalismo, promovida por Richard Neuhaus y presente Christopher Lasch, se